

Los teatros universitarios en 1953

ANTECEDENTES.

Cuando fui a la Universidad ya me dedicaba de un modo grave y definitivo al teatro. Llegué a las aulas un poco tardíamente, después de haber experimentado ya la emoción, el asco y la alegría de la escena y sus circunstancias. El haber vivido estos últimos años, como quien dice, con un pie en el Teatro y otro en la Universidad, ha hecho posible y casi irremediable mi presencia en todos los momentos en que se ha producido, casi siempre para bien de las dos partes, la relación Teatro-Universidad. En el año 1947 esta relación apenas existía. El T. E. U. nacional era encargado de provocarla, pero su acción resultaba insuficiente. Surge en la Facultad de Filosofía y Letras, cuando ya hacía año y medio, aproximadamente que funcionaba fuera de la Universidad el Teatro Experimental "Arte Nuevo", un "Aula Teatral" que representa en el paraninfo una obrita de Julio Alejandro y *Jinetes hacia el mar*, de John Synge. Esta representación sale fuera de la Universidad. El Teatro de Cámara del Español la contrata para su escenario. Se sustituye la obrita de Julio Alejandro por *Llamada inútil* ("Eh, los de afuera"), de William Saroyan. El público del Teatro de Cámara se siente defraudado. Desaparece el "Aula Teatral" y unos cuantos creamos dentro de la Facultad de Letras el T. U. D. E. (Teatro Universitario de Ensayo) y "La vaca flaca". Son representados en el paraninfo de la Facultad los dramas *La Anunciación a María*, de Paul Claudel; *Mientras cae la lluvia*, de Jesús Fernández Santos; *Cena para dos*, de Alfonso Paso; *Cuando llegue la otra luz*, de Carlos José Costas, y tres dramas cortos de Tennessee Williams: *Auto de fe*, *La dama del insecticida* *Larkspur* y *27 vagones de algodón*, en el que sorprende al público una sensacional interpretación de Isabel Jiménez—una licenciada en Filosofía clásica—. Estaban dados, con estas representaciones, los primeros pasos para que hubiera Teatro dentro de la Universidad, lo cual nos parecía—a pesar de las resistencias que encontrábamos para ello—lícito, agradable y hasta conveniente. Nos dábamos cuenta de que el fin del teatro universitario estaba fuera de la Universidad, pero había que empezar por algo. Y si aquellas representaciones no significaban nada para el teatro español, significaban algo para la Universidad y significaban mucho para nosotros, que estábamos adiestrándonos en el oficio.

Unos años después, los teatros universitarios irrumpirán audazmente en la vida pública de la escena española y sus representaciones resonarán e influirán en la marcha de los acontecimientos. En 1952 se celebra una Semana del Teatro Universitario en la que participan numerosos grupos de las Facultades y Escuelas Especiales. A finales de 1952, el Teatro Español Universitario de Madrid, bajo la dirección de Gustavo Pérez Puig, estrena en el Es-

pañol la comedia de Mihura *Tres sombreros de copa*, que pasa inmediatamente a una compañía profesional.

En 1953 surge el T. P. U. (Teatro Popular Universitario), que empieza su labor con mi drama *Escuadra hacia la muerte*.

EL TEATRO POPULAR UNIVERSITARIO.

El T. P. U.—que en el otoño de 1953 realizó una excursión por Extremadura, enviado por la Delegación Nacional de Educación, bajo cuyo patrocinio prepara nuevos viajes por España—es la expresión de un momento en el que todo lo que se ha hecho resulta insuficiente. Hay que salir no sólo a la calle de la ciudad—desde los limitados y asépticos recintos universitarios—, sino al campo de España. Desde sus comienzos, el T. P. U. pretende ser la versión española de la inquietud que ha hecho posible el florecimiento de los teatros populares en toda Europa: de la inquietud cuya versión francesa es el T. N. P. (Théâtre National Populaire) de Jean Vilar.

La primera representación del T. P. U.—el estreno de *Escuadra hacia la muerte*—dió testimonio de la preparación técnica de un grupo. (Pongo mi obra entre paréntesis y me refiero al grupo de los realizadores.) El montaje fué un prodigio de precisión y de ajuste. El trabajo de Pérez Puig (que fué, por otra parte, quien solicitó de mí la obra) acreditó el talento y la eficacia de un gran director.

Después de tres representaciones de *Escuadra hacia la muerte*, el T. P. U.—que estuvo desde un principio en las manos del gran promotor del teatro universitario que es Fernando Cobos—puso en escena *Tres ventanas*, de Luis Delgado Benavente. Esta obra había sido señalada con el premio Ciudad de Barcelona y el montaje corrió a cargo de Salvador Salazar. El estreno transcurrió en un clima polémico y apasionado.

Una bomba llamada Abelardo, bajo la dirección de Pérez Puig, es el drama cómico de Alfonso Paso con el que el T. P. U. realizó una salida, la tercera salida al público, por la tangente del humor.

El T. P. U. cerró su primer ciclo, en las puertas del verano, con el estreno, bajo la dirección de Fernando Cobos, de *El jugador*, de Ugo Betti, quien por aquellas fechas acababa de morir.

Y a muchos nos pareció que algo muy importante había empezado en el ámbito del teatro español. Después del verano, la Delegación Nacional de Educación se hizo cargo del T. P. U., que representó *Fedra*, de Séneca, bajo la dirección de Salvador Salazar, y mi *Cargamento de sueños*, bajo la dirección de Pérez Puig, en varios pueblos de Extremadura y, por fin, en el Teatro María Guerrero de Madrid, lugar de todas las actuaciones, hasta ahora, del Teatro Popular Universitario.

OTROS TEATROS UNIVERSITARIOS.

Durante el año 1953 actuaron los teatros universitarios de Ciencias Políticas y Económicas, Filosofía y Letras, Periodismo, Derecho y Veterinaria.

El teatro de Ciencias Políticas y Económicas estrenó en el Teatro Beatriz la comedia de Diego Moreno—un joven autor—*Segunda clase*.

Filosofía y Letras dió *El tiempo de tu vida*, en el María Guerrero, y *La vida tiene algo*, de Antonio Prieto, en el Español.

Periodismo estrenó dos obras de autores jóvenes españoles: *Admeto*, de José Antonio Novais, y *Nunca pasa nada*, de Carlos Talamás Lope.

Derecho estrenó la obra de otro autor joven: *Al otro lado de la ventana*, de Rafael Benzo.

Veterinaria ofreció una buena versión de *Música en la noche*, de Priestley.

El T. E. U. nacional cultivó especialmente el teatro clásico español: *La vida es sueño*, *Santiago, el verde...*, aunque hizo también alguna reposición moderna. *El caso de la mujer asesinadita*, de Mihura, por ejemplo.

Hay que anotar que de todos estos teatros, sólo el T. E. U. es un teatro con cierta estabilidad y con una garantía de permanencia; garantía fundamentada en la suvención del Frente de Juventudes, que lo hace posible. El resto de estos teatros universitarios tienen siempre sobre sí la amenaza de su contingencia, ya que carecen de posibilidades económicas propias; cada una de sus representaciones es un problema muy diferenciado que exige para su solución el entusiasmo casi sobrehumano de unos pocos. Esto, que en un sentido es lamentable, en otro favorece la concentración, alrededor de estos teatros, de elementos con verdadera vocación teatral: las dificultades arrojan pronto del seno de estos teatros a los que sólo buscan en la práctica dramática una diversión para las horas de ocio en el quehacer profesional. Para la mayoría de los muchachos que actúan en estos grupos, el teatro es algo más que una diversión: es un modo de actuación social por el que sienten una cierta y esperanzada vocación. Quiero decir con esto que las representaciones de los teatros universitarios no se parecen en nada—salvo raras excepciones—a las tradicionales representaciones de los *amateurs*. El teatro universitario se está convirtiendo así—y los hechos de 1953 comprueban esta afirmación—en una plataforma para una posterior operación en el campo del teatro diario y profesional. El teatro universitario es, y está bien que así sea, un lugar de paso: un lugar de estudio y de preparación, donde el futuro hombre de teatro hace sus primeras armas, con

todas sus consecuencias, ante un público que desde entonces puede seguir su trabajo o rechazarlo.

El resultado es siempre positivo. Los autores que en 1953 dieron sus primeras obras en los teatros universitarios—Moreno, Prieto, Benzo, Talamás y Novais—no estarán arrepentidos de sus experiencias que, con seguridad, han sido aleccionadoras para todos.

EL TEATRO Y LA UNIVERSIDAD.

Muchas veces he escrito—las muchas veces que he tratado en artículos el tema de la Universidad y el Teatro—que la Universidad está necesitada de un Teatro en el que resuenen experimentalmente las voces de la cultura que, en un severo plano teórico, suenan en las aulas; y que el Teatro está necesitado de la Universidad. Esto segundo porque: 1.º Es inaceptable que el Teatro, que es un importante instrumento social, se encuentre íntegramente en las manos de gente torpe, indocta, agoísta, inmoral. Esto hace precisa la incorporación al Teatro de la gente docta y honesta que puede y debe dar la Universidad. 2.º Es inaceptable que la educación dramática de las nuevas generaciones se realice caóticamente en el seno de las compañías constituidas y en el transcurso de las giras por los pueblos: el teatro queda así confundido con la picardía; y el noble oficio de actor exige la degradación de un comienzo en el que los que verdaderamente podrían ser los maestros son inaccesibles. Esto podría remediarse organizando la enseñanza del teatro según una estructura universitaria.

Parece ser que esto—que la Universidad venga en auxilio del Teatro—es lo que se ha pretendido con la creación de la Escuela Superior de Arte Dramático, que ha empezado a funcionar en Madrid en 1953. Se trata, o por lo menos debería tratarse, de que desaparezca la insuficiente y anacrónica "Sección de Declamación" del Conservatorio. No se trata, naturalmente, de dar un nuevo nombre y un nuevo local a la vieja "Sección de Declamación"; aunque hasta ahora sólo se haya hecho esto.

Fué nombrado para la dirección de esta Escuela Guillermo Díaz-Plaja, creador del Instituto del Teatro de Barcelona. La Escuela, bajo su mando, puede llegar a ser un excelente y moderno instrumento pedagógico al servicio de la dignificación de nuestro Teatro. Esto es, por lo menos, lo que Díaz Plaja, hombre de Universidad y hombre de Teatro, pretende.

ALFONSO SASTRE.